

EDGAR NEVILLE YA NO ESTA SUFRIÓ UN PARO CARDIACO

APUNTES PARA UN PERFIL DE EDGAR

Eramos amigos «de siempre». Puestos a recordar, muchas veces, dónde y cuándo nos habíamos conocido, nunca llegábamos a puntualizar fecha aproximada. Formamos en las filas de una misma generación, en la que estaban inscritos Jardiel, López Rubio, Santugini... La del «Buen Humor», fundado por Sileno, y «Gutiérrez», creación de K-Hito. Alternaba periodismo y diplomacia, cine y teatro. Pero, por encima y más que todo, antes que la comedia lograda («El baile») o las películas e o s tumbistas, de un madrileñismo patéticamente provinciano, Edgar Neville era un conversador infatigable, hasta cuando la fatiga que le conduce al otro lado del más allá atenazaba su cuerpo, demasiado robusto.

Porque Edgar era excesivo en todo. Física, espiritual, socialmente. Desbordaba humanidad, gracia, sutileza, ironía. En sus inicios fué cronista de guerra. Muy especial, como en todo, porque conjugaba el auténtico combatir contra el enemigo—Marruecos, 1921—y la confección de ágiles narraciones, en verdadero maridaje de las armas y las letras. Luego—huyo del orden cronológico, porque a Neville tampoco le placía mucho sujetarse a fórmulas—tomó contacto con el ambiente escénico, a través de humorísticos comentarios a los estrenos, desde las páginas de «El Sol». Y las comedias, de diversos signos, en que dejaba flecos de su peculiar forma de entender la vida, entre cinismo y romanticismo («Prohibido enamorarse en otoño» creo recordar que titulaba aquel agri-dulce poema asainetado que estrenó en el teatro Lara Antonio Vico), con suave tinte de comprensión tolerante. Por eso tradujo a Achard porque, como el protagonista de «La idiota», amaba demasiado a la Humanidad para odiarla.

Escribo contra reloj, sin tiempo de consultar datos. Carezco además de la seriedad para hacerlo. Porque con Edgar, como con pocos más de los que me van quedando, siento la impresión auténtica de enterrar mucho de mí mismo. Una de las últimas veces que nos vimos—ya luchando contra la dolencia que había de vencerle—, al evocar aquellos comienzos juveniles, surgió el tema del ambiente real que utilizó como fondo de «Don Clorato de Potasa». Y río: «—A ver si al otro lado nos podemos seguir divirtiéndolo!...»

En el fondo, Neville simulaba burlarse de bastantes cosas que tomaba muy en serio. No deja un largo repertorio escénico pero sí algunos títulos junto a los ya citados al correr de la máquina, que merecen estudiarse conjuntamente para ayudar a comprender no sólo el singular escritor que perdemos, sino a la época que le produjo. Porque lo eterno del hombre y su circunstancia es más patente que nunca en este Edgar, capaz de emocionarse ante la representación de un drama—yo lo he visto en varias ocasiones— y de burlarse de su misma emoción

Serafin ADAME

A las cuatro y media de la madrugada de ayer murió, en su domicilio de Madrid (Manuel de Falla, 3), Edgar Neville. Tenía sesenta y siete años de edad. El famoso escritor desaparecido ha cultivado todos los géneros literarios (poesía, teatro, cine humor).

Su primera salida a la literatura seria fueron las crónicas de la guerra de Marruecos en el año 1921, en la que participó como voluntario. A partir del año 1923 empieza su faceta de humorista, colaborando en las más importantes revistas del género. En el año 1926 publica su primer libro («Eva y Adán») y en el año 1934 su primera obra teatral («Margarita y los hombres»). Ha sido también diplomático y hombre de leyes. En el año 1930 marchó a Hollywood, donde aprendió el oficio de cinematografía, escribiendo muchos guiones e iniciándose en las tareas de dirección. A su regreso de la Meca del Cine empezó su intensa producción cinematográfica, escribiendo los guiones de las películas que después dirigió. Las películas en las que intervino son: «Do re mi fa sol», «El falso noticiario», «Verbenas», «La Parralá», «El malvado Carabel», «La señorita de Trévelez», «Frente de Madrid», «Santa Rogelia», «La muchacha de Moscú», «Correo de Indias», «Café de París», «La torre de los siete jorobados», «La vida en un hilo», «Domingo de carnaval», «El crimen de la calle de Bordadores», «El traje de luces», etc. Ha sido colaborador asiduo de «La Codorniz» y «ABC». Ostentaba el título de conde de Berlanga. Era hijo de padre inglés y madre española. Su triunfo teatral más importante es «El baile». Ha estrenado numerosas comedias y ha publicado muchas novelas.

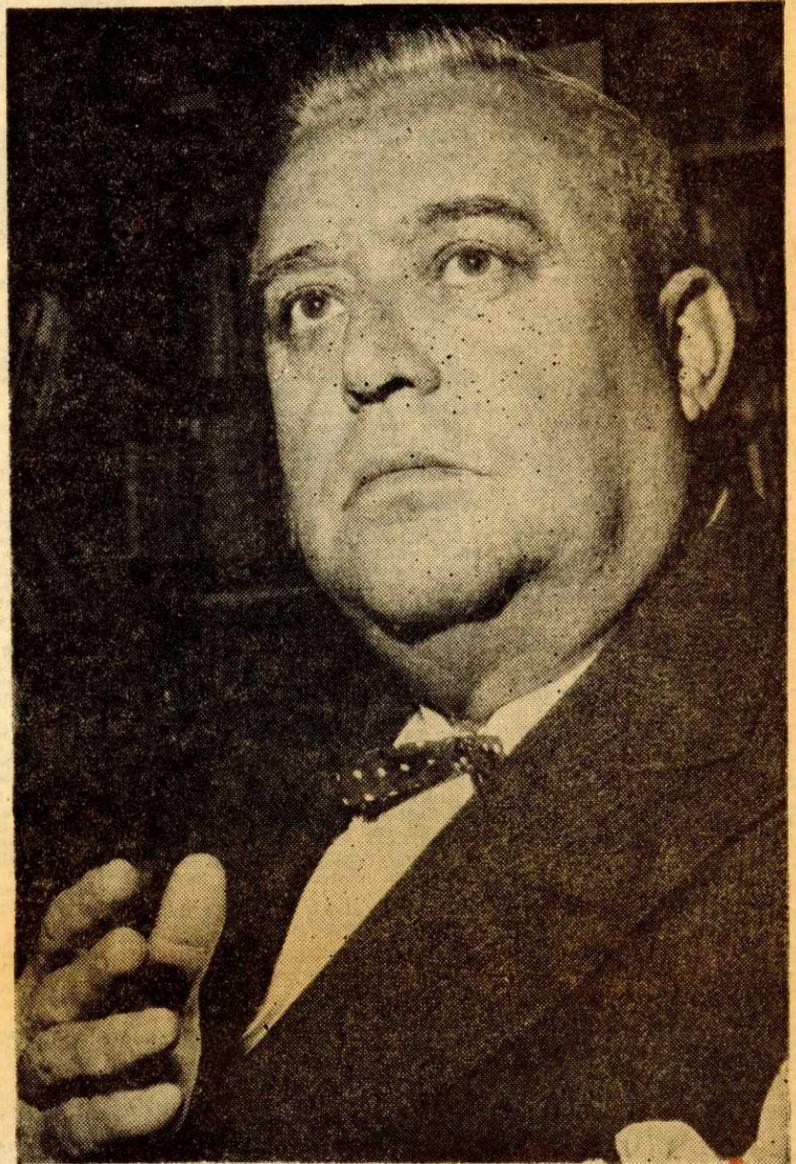
AMORTAJADO EN SU ALCOBA

En la alcoba de su casa ha estado Edgar Neville, rodeado de sus libros, amortajado con un blanco sudario, escoltado por seis hachones. Recibió la visita del presidente de la Sociedad de Autores, don Joaquín Calvo Sotelo. Antes habían estado Tono, Mihura, Fernando Rey, Torcuato Luca de Tena, Alberto Closas, Luis Escobar y otras personalidades de la vida literaria y teatral. Durante toda la tarde de ayer acudieron a la casa mortuoria numerosos actores de teatro y cine. Enviaron coronas de flores: el ministro de Asuntos Exteriores, el presidente de la Sociedad General de Autores, la familia y grupos de amigos.

UN PARO CARDIACO, ORIGEN DE LA MUERTE

El doctor Jiménez, médico de cabecera de Neville, ha informado que el fallecimiento ha sido causado por un paro cardíaco, debido a la hipertensión y alta eufemia que venía padeciendo. Entró en coma el sábado a las cuatro de la tarde.

Esta mañana, a las once, los restos mortales recibieron sepultura en la Sacramental Madrileña de San Lorenzo. Asistieron numerosas personalidades de la política, la diplomacia, las letras y el teatro.



EN LA VIDA Y EN LA MUERTE DE EDGAR NEVILLE

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Esta vez la muerte se ha tomado en serio el juego y le ha ganado por la mano al pobre Neville. Desde hace varios años, Edgar se había divertido con ella, burlándose, tomándola a pelo con la gracia que le caracterizó. En varias ocasiones se le había acercado a los pies de la cama de las clínicas y le miró muy cerca, a los ojos mismos, pero Edgar no acababa de tomarlo en serio y le decía frases ingeniosas y cínicas, que luego repetía cuando le hacían hablar en la sobremesa de los banquetes literarios.

Entraba en las clínicas, con sus garbosos 100 kilos cargados sobre el corazón, con la misma alegría que su amigo Curzio Malaparte entraba y salía en las prisiones políticas italianas, cambiando de libros y de marcas de caviar para su dorada estancia. La clínica a que iba Neville acababa convirtiéndose en un coctel de escritores, artistas y señoras guapas de la sociedad, que le adoraban como lo que era, como un adolescente rebebe, que no tenía ni una sola idea de viejo dentro de la cabeza.

Después siempre ocurría lo mismo poco más o menos: lograba perder 10, 12 kilos, salía del peligro dando una graciosa pirueta y del gota a gota pasaba a la heladería de la esquina, donde se tomaba dos enormes vasos de leche merengada o se iba al cocido del día siguiente en la Peña Valentin.

Edgar Neville ha sido un personaje muy complejo, lleno de interés humano, al que es preciso haber conocido muy bien para no juz-

garle con ligereza. Tenía muchos defectos que se hacía perdonar enseguida, porque sus tiernas virtudes eran mucho más generosas, inmensamente más importantes.

Algunas veces le he comparado con otro amigo común, al que se parecía, que era Agustín de Foxá. Los dos fueron dos consentidos de la sociedad, a la que habían tomado el pelo con sus gentilezas; los dos condes, aunque se decían «monárquicos de izquierdas»; a los dos se les habían atribuido los epigramas que empezaban a circular por las mesas de canasta y acababan en las de los Ministerios y en las de los cafés; los dos fueron niños con vestido de marinero y la leyenda «Submarino Peral», en letras doradas sobre la gorra; los dos antiguos alumnos del colegio del Pilar.

Edgar nació en el palacio familiar de la calle de Trujillos y aunque fué un madrileño con espíritu internacional, que se había paseado por Europa como diplomático como escritor y como señorito, tenía en el fondo algo insobornable de madrileño chulón, que le ha dado los mayores éxitos en Hollywood y en la Europa elegante que frecuentó.

Era un madrileño que se había quitado muy pronto los dengues aristocráticos, mucho antes de que estuviera de moda el quitárselos. Por eso su primer novelito lo escribió para La Chelito, y aunque colaboraba en «La Epoca», de Valdeiglesias, también estrenó una

obra en el teatrillo familiar de los hermanos Baroja.

Alternaba la tertulia de Ramón Gómez de la Serna, en Pombo, con la amistad de Federico García Lorca, y era amigo de la gente del bronce porque frecuentaba las tabernas donde se estilaba el cante, de la misma manera que tuvo estrechas amistades con aquellas criaturas tímidas de sus tiempos mozos, que enseñaban la pulga, en los escenarios de los teatrillos populares madrileños.

Peró al mismo tiempo se hacía traer libros de París, y sabía cuál era la última novedad de la literatura norteamericana, y marcó los primeros pasos del humor moderno, escribiendo en las revistas de vanguardia de entonces o en los periódicos de los intelectuales, como «El Sol», donde apareció en folletón su novela «Don Clorato de Potasa».

Entonces era delgado, guapo, elegante, porque en su sangre se mezclaban muchas cosas a favor: tenía un abuelo belga, su padre era inglés y su abuela materna de las Encarnaciones de Bilbao.

Hubo una época en que fué deportista destacado, que hacía hockey sobre hielo, y salía a jugar con su equipo a París, a Milán y a Davos, campeonatos de Europa.

A los veinte años conoció un verano en La Granja a un joven vestido de blanco y más bien melancólico, que era Foxá. Se intercambiaron libros de poesía. Agustín le mencionó los que había en su casa: Cavestany, Grilo y Ru-

bén Darío, Edgar le habló de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez, Lorca y Alberti. Entonces comenzaron sus torneos de ingenio, de metáforas y greguerías.

Edgar tuvo tiempo para todo, para la friolidad, el deporte, los amores imposibles, que hacía compatible con la tertulia de Ortega en La Granja del Henar o en la «Revista de Occidentes», donde publicó «Los Smith», «Su único amigo», «Estela Matutina» y «Fin». Hacía excursiones a caballo por los pueblos de España, con Baroja o con don José Ortega, en automóvil. Así conoció Mondéjar, Zorita de los Canes y otras tierras béricas.

De pronto se iba destinado a la Embajada de España en Washington, como agregado sin sueldo. No era un funcionario modelo de la diplomacia, ni lo había pretendido, de manera que en las primeras vacaciones, en vez de regresar a España, se fué a Hollywood a ver como se cocía el cine. Entonces no tenía dinero, no había heredado aún castillos en Valencia o palacios en el viejo Madrid; pero la misma noche de su llegada a Hollywood cenaba con Chaplin, Mary Pickford y Douglas Fairbanks en el Ambassador. A los pocos días, la simpatía de Edgar prendió de tal manera en aquellas gentes, que decidieron interpretar una película en broma con guión de Neville, que hablaba un inglés convencional y divertido.

En seguida tuvo un apartamento suntuoso, un automóvil de sport

y un perro y los fines de semana se los pasaba en la finca de algún famoso millonario del celuloide o de las finanzas.

Su amigo íntimo era Chaplin, al que Neville enseñaba español, con mucho cuidado de que se supiera bien primero los disparates más ingeniosos, para saludar a las estrellas de cine españolas que vivían en Hollywood, contratadas por la Paramount, donde Edgar trabajaba como guionista.

Chaplin le invitó a hacer un papel en «Luces de la ciudad», cuya escena no apareció después, por a que ellas cosas geniales de Chaplin, que hizo la película muy larga y tuvo que cortarla. Algunas veces se ha publicado en los periódicos ese fotograma donde Neville aparece vestido de policía americano y Chaplin caracterizado de Chariot.

Hace tres años, en un viaje a Suiza, fui a Vevey, a ver a Charlie Chaplin con una carta de Neville. Me recibí en su casa de «Le Corsier» y me preguntó muy cariñosamente por el amigo de aquellos años felices de Hollywood.

El Neville de la posguerra es ya el conde de Berlanga de Duero, que vive en un hotel del Metropolitano, con piscina, entre Domingo Ortega y Sebastián Miñanda. Almuerza con los hermanos Solana, con Marcel Aschard o con Juan Belmonte; escribe y dirige una comedia de éxito o una película, y por la noche da una cena en su casa, a la que asisten sus amigos disfrazados porque es Carnaval, y él elige un traje típico de escocés o se caracteriza de En-

rique VIII, y empezaba a estar gordo y nunca tuvo complejo.

Cuando podía, jugaba al golf o a las cartas con señoras de la sociedad, siempre guapismas, y por la noche iba a la tertulia del café Lyon, presidida por Cossío.

En 1952, su carrera como autor teatral llega a su punto álgido con el estreno de «El baile», en la que colabora decisivamente Conchita Montes, que luego había de llevarla a Londres, donde la obra estuvo en cartel seis meses, interpretándola en inglés.

El Edgar de los últimos diez años había tomado mucho más peso físico; pero su espíritu permanecía imperiturbablemente juvenil. Seguía recibiendo a sus amigos en short y camisas malva; se compraba coches de sport en los que luego tenía que meterse a presión; su casa de Marbella era la más solicitada, y seguía siendo tan caprichoso, que estaba a punto de arruinarse cuando entraba en Loe-we, en Macarrón o en la papelería de Muñagorri.

En todo momento, desde los años peras y alegres de la juventud, Tono fué su amigo fraternal, del que no se separó. Tono estaba ayer también a su lado, cuando se quedó adormilado, como tantas veces en la sobremesa o en la partida de cartas. Pero ayer, ya para no despertarse jamás, se descuidó un poco y la muerte, con la que él bromeaba en el último rincón del camino le alcanzó fatalmente con su cuchillo como a un novillero.